

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA

UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Alter
Guillermo de Torre

Aldo Torres Púa
Dinka de Villarroel
Fernando Alegría
Antonio Aparicio
Francisco Santana
Miguel A. Guezález
Amanda Labarca H.
Mario Osses
Juan Uribe-Echavarría
Job

Puntos de vista
Visitar a los Viejos
Diálogo inocente o la irrisión de los
nacionalismos literarios
La voz de tiempo
Amanecida
Recuerdos de Gustavo Ossorio
Federico García Lorca y su época
La nueva generación de novelistas chilenos
Poesía y Metafísica en Díaz Casanueva
El imperio femenino
Casticismo de Gabriela Mistral
Abono a Baroja
Noticiero

LOS LIBROS.—C. P. S.: «Viento de primavera», por Rafael Fernández Rodríguez.—Antonio de Undurraga: «Libros de ayer y de hoy».—J. C. J.: El Mariscal Foch y la frontera del Rhin.

CRITICA DE ARTE — NOTAS DEL MES

Precio: \$ 20.00

Abril de 1949

Francisco Santana

La nueva generación de novelistas chilenos



UNCA está de más insistir sobre un punto que siempre ha estado vibrando en el ambiente intelectual. Aquel que al escucharlo estremece nuestro orgullo, y es que la lírica chilena ocupa un lugar prominente en la literatura americana. Se estima que la poesía es la nota y expresión más alta de nuestra actividad literaria. Lo que satisface en este apogeo, tan auténticamente límpido y fuerte, es que reside tanto en el número de autores como en la calidad de las producciones. Este fenómeno de luz lírica ha dejado en sombra a los cuentistas y novelistas. Ante la potencialidad y brillo de nuestros poetas han quedado los prosistas al margen del reconocimiento que merecen. Y es el caso que la conquista de la poesía ha sido imposible desatenderla. El entusiasmo por conservar el prestigio hace que surjan nuevos nombres y nuevos frutos vitales. ¿Se tendrá en el fondo todavía el propósito, quizás, de dejar en el olvido para siempre aquella fama que se nos diera de ser un pueblo sólo de historiadores? Lo que puede asegurarse es que el nacimiento de nuevos poetas ha continuado hasta la fecha, y que se sostiene en alto el noble resplandor de nuestra capacidad lírica.

Sin embargo, contamos con un número apreciable de pro-

sistas, y creemos que no es aventurado decir que el cuento como la novela despiertan satisfactoriamente de su aletargamiento. Y he aquí que un grupo de jóvenes prosistas llama la atención. Se leen sus obras, se les juzga, se les reedita dentro y fuera del país, y alrededor de ellos crece una aureola de sugerente resonancia.

Tres aspectos pueden señalarse en la producción novelesca de la nueva generación: la técnica, el estilo y la pasión amorosa por describir nuestra tierra y el alma de sus habitantes.

El estilo ofrece aspectos de originales contornos. Cada escritor posee una mentalidad diferente, pero existen ciertas características que los agrupa y les da una orientación íntima hacia la renovación del estilo. En la mayoría es visible la influencia de nuestra poesía. El lenguaje tiene un marcado impulso de elevación y perfeccionamiento. Tanto en el cuento como en la novela la expresión es novedosa por las sugerencias que despiertan dentro de la sobriedad, el vigor y la delicadeza.

La mayoría ha iniciado una nueva técnica expositiva que llama la atención. Esta manera de planear la realidad chilena no había sido usada anteriormente. En algunos es más visible la forma de presentar los episodios o los protagonistas, indicándose con ello un proceso que se eslabona a la evolución de la técnica narrativa. Siendo las primeras producciones, es lógico que no puede llegarse a una generalización, pero estos rasgos aparecen en unos más marcados que en otros, y se evaluarán a medida que las diferencias se hagan más notorias con el tiempo.

La pasión amorosa por lo nuestro está determinada por la predilección de los temas. Nuevos veneros se abren a la joven generación. Aparecen escenarios no explotados, aspectos de crítica histórica y social, rincones perdidos que esperaban su interpretación para destacarlos e incorporarlos al conocimiento de nuestra vida nacional. El espíritu nuevo que anima a nuestros prosistas corresponde a una nueva edad, de ahí que tanto el

cuento como la novela reflejan este espíritu, esta fuerza perenne que alienta e impulsa la evolución literaria.

Señalaremos en orden alfabético, algunos nombres de novelistas de la presente generación. Hemos tratado en lo posible de reunirlos a todos. Si faltan algunos serán estudiados en otra oportunidad. Hasta la fecha no hemos encontrado ensayos ni estudios que nos hubieran servido de bibliografía, o por lo menos como fuentes de información.

FERNANDO ALEGRÍA.—A los 20 años publicó la biografía novelada «Recabarren». Esta obra tiene el mérito de estar bien escrita y de haber tratado con acierto al personaje que estaba huérfano de estudios críticos o biográficos. Tuvo el autor la tarea de enfrentarse con una documentación dispersa, de conversar con obreros que conocieron al líder proletario, consultar diarios, Boletines del Congreso Nacional, etc. La figura del personaje aparece desde los quince años. La vida juvenil, amorosa y política está relatada en forma agradable. La prosa es brillante por el enriquecimiento de formas poéticas, en que la imagen y las metáforas resaltan finamente decorando el ambiente y las ideas. En esta biografía novelada se pueden apreciar las grandes cualidades del joven narrador, y al mismo tiempo, su gusto e intención social. Traza en forma acertada la vida del revolucionario que mantuvo una esforzada lucha para lograr la organización de las masas proletarias. Vemos la tenacidad del divulgador social, la lucha contra las persecuciones. Y su único afán de conseguir la organización obrera y obtener, apoyándose en su propia fuerza, el mejoramiento de la vida económica.

El segundo libro «Leyenda de la ciudad perdida» es una novela corta, basada en el folklore araucano. El hecho de haber escogido un aspecto indígena tiene para nosotros un significado digno de tomarse en cuenta. El espíritu nacionalista del autor es visible. Alegría ha sabido impregnar de poesía y aven-

tura, y de heroísmo la tradición escogida. Fantasía y misterio hallamos en esta nueva «leyenda de la ciudad perdida». La urdimbre está llevada con liviandad, sobresaliendo las figuras de Keltán y Küyen. La novela deja una impresión agradable, y a la vez, que fué escrita sin mucha preocupación artística. Pertenece a una colección de obras especialmente dedicadas a la juventud.

La segunda novela biográfica de Alegría, «Lautaro», está escrita con amenidad. El desenvolvimiento de las escenas guerreras se desarrolla ágil y novedoso.

El joven indígena, Libertador de Arauco, que sirve primero como paje al Conquistador Pedro de Valdivia, se presenta con toda su arrogancia de héroe, audacia e inteligencia, vemos cómo aprende las costumbres españolas, y cómo observa los detalles que han de servir a su pueblo para superarse en los combates guerreros. De esta manera descubre el secreto del arte militar. El amor nace al conocer a Guacolda, quien será su esposa, y símbolo de la lealtad y del amor. Es un idilio fresco. Se conocen después las fundaciones de algunos pueblos, los encuentros deslumbrantes entre españoles y araucanos, las figuras representativas de ambos bandos: Villagra, Colo-Colo, Bobadilla, Caupolicán, etc.

El ambiente pintado ofrece cuidadosas observaciones, da la sensación de la naturaleza salvaje del sur chileno. Es un intérprete de disciplinado estilo:

«Desde el sendero se podía ver que al fondo del barranco había una laguna azul e inmóvil, incrustada entre rocas como un espejo, donde el cielo no se cansaba de contemplarse y donde los celajes pasaban sin dejar huellas, como cisnes aéreos».

Esta biografía novelada es una bella obra, donde los jóvenes y los grandes tendrán más de algo que conocer, y al mismo tiempo podrán deleitarse, tanto por el interés que despierta el relato, como por el estilo persistentemente moderno.

CARMEN DE ALONSO.—«Anclas en la ciudad» es el tercer libro de la autora. Por la manera de captar algunos hechos, y por la forma desenfadada de narrar es una novela de carácter autobiográfico. El enfocamiento refleja, hasta cierto punto, que los personajes han sido observados muy de cerca. Los diálogos se desarrollan con desenvoltura, con un realismo que a veces cae en lo cotidiano, pero no vulgar. Hay escenas que adquieren un brillo agradable, pero no elegante. Tomando en cuenta diferentes aspectos se ve que la autora escribe sin las pretensiones de llegar a ese horizonte que logran los grandes creadores. Teniendo imaginación es curioso que falte la fantasía para dar el clima que requiere una novela. El estilo es el que da esta dimensión. No se ha detenido ni preocupado en este sentido. La novelista tiene su manera de expresarse, es natural, espontánea, no hace gala de recursos literarios. Su prosa fluye reposadamente, sin mayor esfuerzo. Por tal motivo el ambiente surge lleno de detalles verosímiles, dando ampliamente la sensación de vida. Puede verse en sus páginas el deseo de no caer en el juego de palabras ni en la magia retórica. Más le interesa pintar tipos y escenas. Para ello posee habilidad. Hay personajes bien logrados. Los sentimientos e ideas que contiene la obra están expuestos con dominio. No se ve en la escritora las complicaciones de los que buscan algo que decir, o de los que persiguen una técnica o un estilo. Escribe con sencillez y facilidad. Consigue indiscutibles aciertos en algunas observaciones de la vida interior. Hay un sentido dramático y humano en «Anclas en la ciudad».

Las descripciones que va dando, a medida que transcurren los episodios, son interesantes por el subjetivismo; igual ocurre con algunos soliloquios en que refleja decepción y angustias.

«¡Qué compensador es dejar atrás todo este lastre de ataduras que me arraiga al ambiente! Si aun mi cuerpo se aligera hasta hacerse imponderable e ir en pos de mi espíritu.

«A ratos me pesa más este nombre hereditario que llevo.

Mara, y que en lengua bíblica significa: Amarga, amargada. Ya sus dos sílabas gravitaban agoreras, antes de que yo hubiera nacido.

«Hay en el viejo comedor de nuestra hacienda, un antiguo reloj mural, dentro de cuyo tórax, el corazón de acero oscila aspeado. Sucede a veces, que detiéndose bruscamente, y horas después, sin que ninguna mano lo empuje, échase de nuevo a palpar».

En muchas páginas aparecen estos alcances en que la autora demuestra su condición de novelista. Son detalles que van dando la sensación del ambiente. El dibujo psicológico de la protagonista, Mara, está delineado con caracteres nada comunes. Con finas pinceladas destaca los rasgos esenciales. Es Mara la que con sus sentimientos e ideas interesa al lector.

«Gleba» se titula el primer libro de Carmen de Alonso. Es una colección de cuentos. Dejaremos la palabra a Marta Brunet: «Una firma nueva para nosotros y con lo cual ha de enriquecerse el grupo de mujeres chilenas dedicadas a las letras. Trae ella un estilo personal, vibrante, temas viejos enfocados desde nuevos ángulos y una especie de proyección más allá del cuento mismo, hecha de sugerencias, de imágenes, de palabras inesperadas, de sensaciones vigorosas».

«Probená», el segundo libro de cuentos recibió de parte de las escritoras y comentaristas estimulantes elogios. Comprendieron la obra como saben hacerlo ellas, con femenina espiritualidad. Se advierte en estos cuentos riqueza idiomática y ahondamiento en la vida sentimental. Traza con dominio el drama que puede enmarcarse en un cuento. Ahí está «Soledad», en que con destreza hace uso de la psicología para darnos el alma torturada de una pequeña. «Cobardía» es otro cuento que encierra gran intensidad dramática:

ENRIQUE ARAYA.—La novela y el cuento humorísticos han sido poco explotados en Chile. Nuestros escritores por tempe-

ramento y sinceridad, han ido hacia otros horizontes, conocidos o desconocidos. Contamos con una producción novelesca bastante numerosa, en la que pueden verse los más variados aspectos y tendencias, pero el humorismo ha tenido poco desarrollo. Tres o cuatro autores. En la nueva generación el autor de «La Luna era mi Tierra» ha tomado aquello que despierta la comicidad, usando la ironía y la sátira como manifestación burlesca de lo dramático y de lo sentimental. En las páginas de su novela puede apreciarse cómo la vida o la experiencia le ha dado un sinnúmero de motivos propios para la ironía, absurdos que coge de la realidad que, aunque amarga, provoca la risa. Es el sentido dramático de la vida en oposición a lo ideal. El fracaso rotundo frente al hechizo de algo que se creía ampliamente logrado. Araya ha escrito sin adoptar posiciones audaces, no ha hecho otra cosa que narrar espontáneamente, con un tanto de exageración, aspectos cotidianos. La fantasía sólo puede verse en la forma de exponerlos. Aplica una especie de fórmula, tomando los elementos que componen la sátira, la ironía, lo grotesco y lo ideal. Resulta de esta manera lo cómico, lo humorístico. Da la sensación, muchas veces de que el autor se ríe displicentemente de los absurdos en que se ha visto mezclado.

La anécdota y lo descriptivo van paralelamente. Veamos unas líneas de la página 165. El personaje se encuentra en su oficina en un día de calor:

«Estoy sentado frente a la pequeña mesa que soporta la máquina de escribir. Son las tres de la tarde del 23 de diciembre. La atmósfera de la sala tiene color y olor de alta temperatura. Los objetos parecen agobiados de calor. El tintero ha exudado un líquido azul oscuro y está por ahogarse en su propio sudor. El secante de balancín se halla muy quieto para no transpirar. Mientras más apuro a la máquina de escribir más se queja y más afuera saca su lengua blanca de papel».

Estas notas reflejan que Araya posee un espíritu de exce-

lentes dones. Hay páginas bastante bien logradas, y otras carecen de interés por su estilo fácil, sin mayor valor literario. Pero como observador que sabe sacar partido de lo que cuenta no podrá dudarle nadie. Hay personajes contradictorios y ridículos, otros asoman escasamente interpretados. Pero la obra se lee con agrado por los efectos que se producen sin esperarlos. Sabe Araya enfocar lo que desea para producir una lectura amena. Por lo objetivo, por el realismo de algunos cuadros, por la sucesión cronológica parece una novela autobiográfica. De ser así tendríamos una gran lección: que lo gracioso reside en la manera de tratar las propias y las ajenas derrotas, sin concederles mayor importancia.

MARÍA LUISA BOMBAL.—Son muy pocos los escritores que han adquirido prestigio con la publicación del primer libro. A nuestra novelista Bombal le bastó «La Última Niebla» para que su nombre se destacara en forma singular. Este prestigio logró mayor resonancia dos años después con «La Amortajada». Obtiene de esta manera el deleite de la consagración literaria. La celebridad de nuestra autora vino desde afuera. Lo mismo ha sucedido ya en otras ocasiones. Los que conocieron sus novelas en ediciones argentinas le dedicaron especial atención. Cuando se reeditaron en nuestro país, críticos y ensayistas comentaron las cualidades sobresalientes de la joven novelista.

«La Última Niebla», desde que comienza, presenta una novedosa forma de dar a conocer los personajes como el ambiente. Deslumbra por las descripciones y dominio de la vida interior. La maestría en hacer sentir el escenario y los estados anímicos está en el uso de ciertas pinceladas impresionistas. Los rasgos psicológicos se van revelando imperceptiblemente. Escenario y personajes mantienen una relación directa que oscila entre la realidad y el sueño. He ahí la originalidad de «La Última Niebla». Esta irrealidad, sin embargo, cobra una existencia palpable y visible, un mundo de impresiones que la artista ha

sabido coger con aguda penetración. Lo subconsciente se des-
 envuelve a través de una niebla expresiva que raya con el mis-
 terio de la poesía. Es el estilo el que colabora en la descripción
 de la naturaleza, de la atmósfera y silencio que rodea, a veces,
 o de aquel parque, o de aquella calle en la noche, o bien para
 dar la sensación del goce, del sufrimiento, o de las insatisfaccio-
 nes que desvelan. La forma poética alumbra las emociones de
 los personajes que parecen vivir en un estado de ensoñación.
 Es una realidad compuesta de elementos vagos e inmateriales
 que la novelista capta con tacto fino y sensibilidad artística.
 La vida interior va paralela, o se enlaza a los hechos reales.
 Viven así los protagonistas. La acción auténtica se confunde
 con los hechos imaginarios, o con los reflejos sugerentes del re-
 cuerdo.

He aquí un instante cualquiera:

«Han prendido fuego a todos los montones de hojas secas
 y el jardín se ha esfumado en humo, como hace años en la
 bruma. Esta noche no logro dormir. Salto del lecho, abro la
 ventana y el silencio es tan grande afuera como en nuestro
 cuarto cerrado. Me vuelvo a tender y entonces sueño».

Sueño, poesía, niebla. Todo lo que sucede en esta novela
 está envuelto por una penumbra que ensombrece con misterioso
 encanto. La acción se desarrolla fresca y animada.

Con «La Amortajada» sucede lo mismo. Una mujer en su
 lecho de muerta, siente, escucha, sufre y goza como un ser
 vivo que permaneciera inmóvil. Comienza a recordar hechos
 pasados, y vive cuanto sucede a su alrededor. La novelista des-
 arrolla un argumento lleno de angustia. En su reposo inviola-
 ble, con fina percepción, extasiada y emotiva vive en un mo-
 mento todo lo que significa su destino. Y ahí está: «La Amor-
 tajada»:

«En la obscuridad de la cripta, tuvo la impresión de que
 podía al fin moverse. Y hubiera podido, en efecto, empujar la
 tapa del ataúd, levantarse y volver derecha y fría, por los ca-

minos, hasta el umbral de su casa. Pero, nacidas de su cuerpo, sentía una infinidad de raíces hundirse y esparcirse en la tierra como una pujante telaraña por la que subía temblando, hasta ella, la constante palpitación del universo».

Las dos novelas de María Luisa Bombal poseen una atmósfera que deslumbra por las sugerencias, sello de su originalidad y alcuernia literarias.

BALTAZAR CASTRO.—Un libro de cuentos «Piedra y Nieve» nos dejó la impresión gratísima de encontrarnos frente a un prosista de primera categoría. Nos ofreció en su primera obra cuadros de la vida minera. En «Sewell» nuevamente vemos al hombre en su condición de trabajador, minero, de luchadores que aportan su esfuerzo y temeridad con el fin de aumentar la producción, en faenas nunca comprendidas ni bien remuneradas. Los que hayan leído esta novela corta pero de incalculable calidad, habrán apreciado los méritos sobresalientes que posee. Primero, que está escrita con una prosa de sólida estructura moderna, y que no decae hasta el fin. No hay relampagueos en esta o en otra página. Hay equilibrio en sus formas y un dominio del lenguaje bastante visible. A pesar de contener imágenes y metáforas no cae en extravagancias. Preciso y ágil, sobrio es su estilo. Se lee sin tropiezos. No hay en la lectura obscuridades artificiosas.

El segundo mérito es que Baltazar Castro presenta la novela técnicamente delineada. Los hechos se suceden en forma natural, o sea que está construída en tal forma que lo novelesco se eslabona a lo real. Teniendo siempre por delante el desenvolvimiento de la intriga. Como sucede en el primer capítulo que nos presenta la subyugación del ambiente en el hombre que trata de irse, pero que algo lo retiene y lo enraíza; a pesar de los dolores que le causa el ambiente minero.

Y el tercer mérito de «Sewell» reside en que con vigor, con valentía de intelectual, de hombre que ha visto el drama

en un lugar de su patria no vacila en denunciarlo. Esta miserable condición del hombre de minas y de sus familiares que acompañan a soportar la pobreza, el sacrificio y el esfuerzo ignorado, está presentado en la novela sin dobles intenciones. El autor ha visto las miserables existencias, las tragedias y la muerte misma debido a las impresiones, a la displicencia con que se mira al hombre que trabaja para subsistir, ha visto cómo los niños y las mujeres permanecen en el más grande de los abandonos sociales. Este tercer mérito es tal vez el más grande, porque se ve al escritor en una función de carácter social. Pero la publicación de la obra, que debió ser considerada esencialmente como una denuncia en defensa de la raza, no ha tenido la repercusión que merecía. Se la ha dejado pasar como cualquier cosa.

Castro interpreta de la siguiente manera a un grupo de hombres que dejan sus labores, y que no saben si saliendo de las minas se encontrarán con la luz del día o con la noche:

«Cuando salieron a la superficie se encontraron con el impresionante espectáculo de la montaña que se extendía a los cuatro puntos cardinales. La noche entraba por los contrafuertes lejanos y, como si tratara de prolongar el anuncio de su llegada, se detenía en los riscos, trataba de atrapar el roquerío con sus manos negras y escurridizas. Por el lado del campamento, el crepúsculo desangraba en esplendentes cuajarones de sangre, mientras de los cajones del interior emergía un helado viento de nieve, ocupado en empujar los últimos vestigios del día enraizados a los picachos».

La interpretación del paisaje, como los aspectos psicológicos, las costumbres y espíritu solidario, están presentados con sólido realismo. El autor de «Sewell» indudablemente se destaca como uno de los mejores novelistas de la actual generación.

FRANCISCO A. COLOANE.—El autor comenzó a tomar parte en la vida literaria con el prestigio que le dieron sus obras pre-

miadas en concursos. Fué su primera novela «El Ultimo Grumete de la Baquedano», obra escrita especialmente para la juventud. Desde el primer momento puede apreciarse la modernidad de su prosa, el conocimiento de la vida del mar y de las faenas a que están sujetos los tripulantes. En las páginas de su primera novela hay hechos que despiertan la emoción por el hondo sentido humano. El público y la crítica ha admirado la sencillez de Coloane como narrador que sabe urdir la trama y coger entre sus redes la atención de los lectores. En «El Ultimo Grumete de la Baquedano», el niño como el grande sigue las experiencias del personaje central con agrado y simpatía. Puede notarse que el autor tiene constantemente presente que escribe para la juventud. Las aventuras del protagonista adquieren un realismo que bien pudiéramos llamar respirable y viviente. La prosa es delicada, ágil, incitante. La seducción del mar, el escenario del sur con sus canales y ventisqueros aparecen técnicamente admirables. He aquí unas cuantas líneas de su capítulo VII:

«Amaneció un día espléndido. La bahía de Puerto Refugio es un rincón rodeado de grandes cordilleras que lo defienden de todos los vientos. Musgos y algunos robles raquíticos es la única vegetación de esos cerros.

«La tempestad se había disipado, y como recuerdo de ella sólo algunas nubes blancas y algodonosas pasaban de vez en cuando desgarrándose en los altos picachos. En el centro de la bahía, La Baquedano descansaba como un perro mojado o como un caballo sudado que hubiera galopado leguas y leguas».

El autor ha vivido el vaivén del mar, sintiendo las brisas marinas y la intranquilidad de las navegaciones con tormenta. Ha conocido el peligro en los lomos del mar. Ha gozado de la belleza de las olas plácidas. Y como ha tenido contacto con el manejo y trabajo de a bordo, posee un conocimiento cabal de lo que es la vida marinera. Todas estas experiencias las ha llevado a su espléndida novela «El Ultimo Grumete de la Ba-

quedano». Se siente en ella un realismo sin alambicamientos ni frases extraordinarias. Con gran interés y agrado se acompaña al principal protagonista, Alejandro Silva, en sus inolvidables aventuras.

«Los conquistadores de la Antártida» es otra novela escrita para la juventud. Tiene las mismas cualidades que su hermana «El Último Grumete de la Baquedano». Veamos también del capítulo VII, algunas líneas:

«Habían pasado las islas de Diego Ramírez, esos islotes desolados puestos por una mano caprichosa y extraña en medio de esa inmensidad de agua y cielo. La infinitud de ese horizonte sin límites, de ese solitario mundo de aguas insondables, no arredra a los intrépidos navegantes. Sabían que su mundo era el «Agamaca», y que podía desaparecer lo mismo a una milla de la tierra que en medio de esa inmensidad».

Apasiona al descubrirse en sus páginas un verdadero mundo que recién comienza a ser explorado. Hay hechos que llaman la atención y no se olvidan tanto por lo intrépido como por lo pintoresco y desconocido.

EDMUNDO CONCHA.—Es difícil para el lector o el crítico, distinguir en una novela los hechos tomados de la realidad y los que corresponden a la fantasía. Es lo que nos ha sucedido con «Los Gusanos». El autor narra con pericia los afanes de un grupo de seres que al parecer han sido observados y sentidos en sus vaivenes de oficinistas. La mayoría, o todos, carecen propiamente de interés. Están condicionados al ajeteo administrativo y limitados por la rutina y la superficialidad. Cada uno tiene sus singularidades, que por lo demás no son ejemplares. No sobresalen por su cultura, o por su idealismo, o anhelo de superación. Están ahí como gusanos, con pequeñeces, ciegos en engañosas satisfacciones. Es el mismo pequeño mundo que ha sido descrito por novelistas y cuentistas, pero aquí aparecen nuevos detalles, que el autor ha sabido describir con co-

lorido deprimente y con justificada razón, ya que vivimos en una hora de descomposición, de mentiras y arbitrariedades. Es un reflejo de la conmovedora ráfaga por la cual atraviesa el país, y otros vecinos. En este aspecto la obra misma y su autor cumplen una razón, de ser fieles a la comedia sugestiva de los tiempos en que vivimos. Hay cuadros bien contruídos técnicamente, y tipos cuya intimidad descubre el escritor con acierto. Avanzando páginas el tema se desenvuelve en un medio de lucha social. Nos encontramos con individuos que participan activamente en un partido político. Puede interesar este hecho ya que el autor fué uno de sus componentes, ¿Hasta qué punto será verídico lo que refiere? Se presenta a uno de los partidos políticos que tiene innumerables adeptos y que actualmente está fuera de la ley: el Comunista. Vemos, según el autor, cómo se actúa, cómo se comportan sus dirigentes, y cómo la gran masa es dirigida. El autor será censurado por delito intelectual si ha falseado los hechos, y aplaudido por otros si ha obrado dentro de la verdad. Se dividirán los lectores entre los simpatizantes y los enemigos de la ideología comunista. Por otro lado, hay que considerar «Los Gusanos» como obra de arte, o como pretexto del autor para exponer tendenciosamente su desencanto. En una de las páginas, el protagonista obra de la siguiente manera:

«Mas, una cosa eran las palabras y otra cosa eran los hechos. Alfredo sabía que no sería capaz de ponerse a la altura política de Sutil. Para eso se necesitaba una voluntad y una fe que él ya había perdido definitivamente. Sólo por diplomacia se despidió de esta manera:

—Sutil, usted tiene la razón en muchas cosas, lo reconozco. Pero déjeme ventilar la cabeza algunos días. Es posible que de repente vuelva por esos lados. Hasta la vista...

—Hasta la vista, compañero. Y que sea pronto».

De esta manera sencilla, y con naturalidad, se desenvuelven los personajes, y se describe el ambiente. El estilo de Ed-

mundo Concha es claro, un tanto monótono, sin aquella elevación que a veces despierta sugerencias y satisfacciones propiamente literarias. Esta posición adoptada, seguramente, habrá sido con la intención de no deslumbrar por la forma sino por el contenido de su novela.

JUAN DONOSO.—La novela breve está siendo cultivada en Chile en forma halagadora. «Tierra en Celo» pertenece a esta clase. La obra hay que considerarla como una de las que posee mayores méritos, tanto por la profundidad a que llega el estudio psicológico del personaje central como por la forma literaria y penetración del alma campesina. En cuanto al escenario, Donoso, no se detiene para embelesarnos con el paisaje, a pesar de que cuando lo presenta sabe describirlo con galanura, y se presiente en el autor hasta una especie de *sqlazamiento*. Donoso no desprecia el conjunto armonioso y bello de los panoramas campesinos. Más bien lo ama. Y nos lo entrega en síntesis. Su actitud no es la del que observa desde lejos, aquel árbol, un cerro o un río, o el camino que conduce del rancho a la montaña, sino la del que se ha compenetrado de su alma. Esta manera de mirar la posee el hombre que vive bajo la subyugación agreste de la naturaleza. El título mismo que ha dado Donoso a su novela posee un sentido humano. Un pedazo de tierra o una hijuela, es para el campesino como una mujer, porque lo hechiza y es fecunda, se apasiona a tal punto que se encariña y no la abandona jamás. Veamos lo que nos dice al respecto:

«La montaña es algo más que eso, algo más que el bosque y el río, algo más que tierras fragosas, tiene su leyenda trenzada a la leyenda del hombre, y que viene de boca en boca como una *jaculatoria heroica*, poniendo altiveces en el espíritu».

El autor ha comprendido el alma de la naturaleza. Pero más le interesa darnos a conocer el espíritu de una mujer campesina, en quien simboliza la reciedumbre de una energía física,

y por otro lado su imperiosa voluntad y violencia, y que en un momento llevada por el amor maternal llega hasta herir sus propios sentimientos. Es un tipo femenino de rasgos bien marcados. Su estampa, podría decirse que no es común en nuestros campos, pero que tampoco es desconocida.

Esta novela es un conjunto de cuadros vivos donde se podrán reconocer otras voces chilenas que se pierden entre los cerros. Los hijos mismos de Doña Maiga son típicos. El par de compadres, Don Choño y Don Demi, es un caso dentro de la realidad, de la leyenda y de las costumbres.

El plan está coordinado con habilidad. El capítulo segundo es una intercalación que sirve como antecedente del odio y rivalidad contra la familia de la futura nuera. En el capítulo tercero aparece el amor en los hijos de Doña Maiga, hijos que había formado física y mentalmente a tal extremo que éstos ven en su propia sombra la sombra de su madre, y sienten su voz en las propias palabras.

«Si veneraban a la madre, veneraban en ella a la montaña que venía a ser como el tronco de una gran familia, y nada de lo que hubiera afectado a sus antepasados había dejado de relacionársele, porque si la peste acabó con las gentes, los roces habían embestido con ella, y si la muerte entró en las casas, en el bosque se abrieron las sepulturas».

En esta obra no hay superflua frondosidad. No abunda en palabras innecesarias. Lleva a cabo la trama con sobriedad y madurez. La presentación del escenario lo ha concebido en tal forma como para ubicarnos en él, y hacernos más visible el relieve de las características psicológicas de los personajes. Maiga es quien llama la atención, y es ella la que nos conduce desde el principio hasta el fin de la novela.

En el último capítulo hay un monólogo admirable en que Doña Maiga a media noche entabla una conversación solitaria, y termina pensando en sus hijos, que la han abandonado por sus

futuras compañeras, pero que volverán algún día a golpear en la puerta de su casa.

Donoso, con «Tierra en Celo», se sitúa entre los escritores que tienen las condiciones necesarias como para ser una de los mejores novelistas de la generación actual.

JUAN GODOY.—Bastante tiempo antes de que fuera editada «Angurrientos», era conocida esta novela por muchos escritores amigos del autor. Las referencias eran halagadoras. Había deseos de leerla. Un buen número de los que conocían su existencia no cumplieron sus deseos hasta que el autor la publicara. Nadie quedó defraudado. Era la creación entusiasta de un novelista joven que había puesto toda su energía y condiciones de intelectual para promover una nueva corriente literaria: el «Angurrientismo». El propósito del narrador era innovar la técnica y el estilo imperantes de los prosistas, o sea enaltecer y dar realidad a todo aquello que está relacionado con nuestra tierra y nuestro pueblo en forma original. El autor en parte lo consigue en su novela. Hay capítulos íntegros, cuadros magníficos, maestros sencillamente por la factura de su estilo y por la interpretación chilénísima. «La riña de gallos» y «El roto en el cenizo» son dos capítulos excelentes. Demuestran la capacidad del novelista y la penetración psicológica del chileno. Toda su novela pertenece a nuestro pueblo, a cierto grupo que se mueve entre la picardía y el vicio, la gracia y el juego. Tienen vida sus personajes, destacándose Don Amaranto, un cura, bastante bien logrado; Wanda, una muchacha que por sus ideas religiosas es llamada cariñosamente la «canutita»; el «Sargento», un gallo de pelea; Augusto, gallero fino; el «Sargento Ovalle», y otros como Edmundo, respiran vida, actúan en un medio de gran realismo, se les ve cómo reaccionan, cómo beben, cómo se entusiasman de alegría y se desesperan.

La segunda novela de Juan Godoy, «La Cifra Solitaria», es más original. Su lenguaje altamente poético, de construc-

ciones, giros y metáforas originalísimas ponen de relieve su calidad expresiva. En «Angurrientos» ofreció aspectos de la vida popular santiaguina, en «La Cifra Solitaria» recoge algunos episodios también populares, pero de una región sureña. La naturaleza fuerte y golpeada por el viento y la lluvia, los ríos y la cordillera aparecen interpretados con brillante lirismo.

«Al atardecer el pueblo mío reposa en la sosegada sombra del Nahuelbuta, en una pequeña hondonada. De la montaña que mira hacia la costa, se le domina como a un caserío rodeado de suaves lomas de un color vagoroso y fino, paños de campo en que el verde diluye sus matices, o potreros dorados, mujos, como tapices de seda».

«Llueve torrencialmente. La lluvia me entristece como si me llenara de musgo la sangre, los nervios, la vida. Es que detrás de su trama persistente se acurruca mi niñez, crecida cual lentos vegetales entre la bruma».

Es «La Cifra Solitaria» como interpretación del paisaje de gran mérito, y lo tiene también por el uso de motivos folklóricos. Extraña un tanto en su lectura la presentación de personajes abrumados por terrores primitivos, por desgracias y desvelos, por martirios subconscientes. Una humanidad casi irreal que ha descubierto la agudeza del artista. Un mundo de atmósfera de sueños extraños. El lenguaje está estilizado en tal forma que el autor voluptuosamente debe haber llegado en su búsqueda hasta el sufrimiento.

LEONCIO GUERRERO.—El autor de «Faluchos» pertenece al grupo de prosistas de la nueva generación por sus recursos literarios de innegable importancia. La novela está escrita con desenvoltura, sin pretensiones ni afán de lucimiento retórico, sin desvelo estilístico. Esto no quiere decir que sea su prosa descuidada, simple, desaliñada. Por el contrario, posee características especiales. Hay tres elementos notorios e indiscutibles que ennoblecen su estilo: sencillez, sobriedad y vigor. Esta po-

sición adoptada por el escritor está llena de peligros, pero al fin sale donairoso. En su espontaneidad más sorprende el argumento que la forma en que ha escrito. Es curioso su caso, ya que la mayoría de los narradores sufren o gozan de ser refinados, prolijos y certeros en la expresión. Creemos que el espíritu selecto no reside sólo en ser artificioso. En Guerrero se constata una habilidad equilibrada para mantener nuestra curiosidad. La acción la desarrolla sosteniendo nuestro espíritu dentro de un escenario animado y real. «Faluchos» como obra de un espíritu equilibrado posee natural atractivo. Despierta el interés por la misma naturalidad con que describe el escenario y los protagonistas. El pueblo de Constitución con su magnífico río, forman una acción novedosa, gracias a la destreza innegable del novelista. Las costumbres maulinas están escogidas con rigurosa fidelidad, con animado realismo. Los personajes tienen ese relieve de la gente vista alguna vez, y que vive en la memoria. En «Faluchos» hay una humanidad que sufre arrinconada en la miseria, pero que se agiganta en la lucha mantenida constantemente con el mar, que es a la vez su alegría y su tragedia. Hay dos capítulos especialmente dignos de destacar por la maestría de su interpretación. Ellos demuestran un espíritu de observación y una capacidad descriptiva de sólida inteligencia. Uno es aquel que trata de la aventura de unos muchachos llevados por una tempestad, y el otro es donde da la sensación de fortaleza y virilidad de unos pobres diablos en manos de olas furiosas e infernales. Su don de comunicar es innegable. Los diálogos cumplen su objetivo, de dar animación al relato. Veamos un fragmento en que se describe una de las faenas de estos marineros de faluchos y lanchones:

«El galopar de martillazos rebotaba en la amplia cuenca del río. El eco devolvía los golpes atenuados. Para un oído maulino, eran perfectamente perceptibles: el golpe metálico macizo de los combos sobre los pernos, aumentado por la enorme caja de resonancia del vientre de faluchos y lanchones; el reso-

nar seco y ágil de las tablas al ser lanzadas al montón; el jugueteo del calafate, rápido, blando sobre la estopa; el lento y dentado friccionar de la corvina, partiendo los gruesos troncos que habían de ser las quillas, ligazones y vigas. También podía precisarse el grado de terminación de una lancha: los mazazos roncós, cavernosos, se daban sobre un casco ya recubierto. Los martillazos sin resonancia, sobre el esqueleto que había de ser una embarcación».

«Faluchos» es una novela que recoge parte de nuestra vida nacional, su realismo vibra con reciedumbre dramática y vitalidad humanas. El ambiente regionalista, con sus costumbres, familia e ilusiones, junto a los peligros en las tareas del mar, luchas y tragedias, han sido llevados con penetrante visión literaria.

NICOMEDES GUZMÁN.—Es quizás el más comentado de los novelistas jóvenes. Desde la aparición de la primera obra «Los Hombres Oscuros», despertó la admiración tanto de los escritores como del público. Los críticos, por una parte, siempre inconformes, se sobresaltaron al encontrar a lo largo de los episodios expresiones crudas. *Esto es verdad e innegable. Pero no es una razón para descontarle importancia a la obra, y señalar las excepcionales dotes del narrador, a tal punto de no vacilar en considerarlo como un maestro de nuestra novela actual.* «Los Hombres Oscuros» es la estampa del conventillo chileno. Su construcción es sencilla, lograda sin aspavientos ni estridencias. Guzmán coge en esta obra la triste realidad que impera en los arrabales, a tal punto que podría creerse que es sólo obra de la imaginación. Pero no hay otra cosa en la novela que lo visto por el autor. Es, pues, la cruda verdad que ha palpado y que ha tenido el gesto varonil de presentar descarnadamente.

«La noche echa sus aldabas. Las nueve. Suena la campana de la iglesia anunciando la salida de la novena.

«Las diez.

«Al conventillo entran borrachos y hombres oscuros, confundidos con la noche. Inclinas sobre sendas artesas, a la luz parpadeante de las velas, dos vecinas lavan. Las manos encarrujadas por el agua y el desmanche se activan refregando las piezas de ropa. La lavaza espumea. Resaltan en una camisa de seda dos finas iniciales. La luz de las velas matiza el rostro de las mujeres, destacando en punta los pómulos y la nariz. Carnes enjutas. Pupilas tristes. Crenchas doblegadas sobre la frente. Labios apergaminados».

De esta manera describe algunos cuadros de intensidad dramática, y hay amor, al denunciar aspectos amargos y míseros de nuestro pueblo. Es en el fondo una protesta contra el abandono, la negligencia y el desamparo.

Su segunda novela «La Sangre y la Esperanza» ha obtenido éxito de crítica, y una gran popularidad. En ella capta con amplitud el ambiente del barrio Mapocho. Con destreza descubre y presenta los afanes proletarios: miserias, inquietudes, ternuras y pasiones. La dramática realidad de algunos protagonistas es ensombrecedora, estremecida y apasionante. El realismo de Guzmán adquiere perfiles definitivos, da la sensación gráfica y animada del populoso barrio, a la vez que sus personajes caminan, piensan y accionan en su limitada existencia de anónimos, de hombres derrotados y aniquilados moralmente. Pero algunos se salvan y mantienen en alto la dignidad personal. Probos y esforzados. Aparece en ellos, de vez en cuando, como una luz lejana, la esperanza de obtener un mejoramiento que los estimule y los haga superarse en su condición de hombres. Pero están acosados por violentas desesperaciones que los impulsan hacia la protesta. Las palabras surgen entonces como reflejos de sus vidas enturbiadas por la desgracia. En el capítulo titulado «Fantasmas» presenta cómo repercute en el alma del joven personaje, un hecho en el cual participa la policía:

«Las noches caían. Y yo me estaba al borde de ellas, ahuyentando cosas, objetos y motivos de sobresalto. Caminaba sin-

tiendo manos heladas que se aferraban a mis brazos. Voces de ánimas llenando de podridos aceites verbales mis oídos. Ojos sin pupilas, repletos de lágrimas petrificadas, clavando su dolor en la corteza trémula de mi sentimiento.

«¡Vivía atormentado! En trance de lágrimas que ueno podía, que me era inútil llorar».

«La Sangre y la Esperanza» es una novela honrada y bella. Honrada, porque está escrita con el calor de la nobleza y la sinceridad, porque al presentar con crudeza el ambiente y los personajes, no ha hecho otra cosa que gritar la gris angustia en que vive el pueblo chileno. Y es bella, por estar narrada en forma modernísima, donde la imagen y la metáfora tienen un papel comunicativo y preponderante. La calidad estilística no es la resultante de un esfuerzo mental, por el contrario es la espontánea expresión del novelista, que es también poeta.

REINALDO LOMBOY.—La aparición de «Ranquil» fué un caso singular en las letras nacionales. Impresión por la fuerza de su estilo, como por el motivo que es de carácter social, y por la técnica de su desarrollo. Pocos libros chilenos han obtenido tan grande éxito de parte de la crítica como del público. La edición se agotó a los tres o cuatro meses. La apacibilidad del ambiente literario se remeció con esta novela que trajo el sello de una nueva concepción técnica y estilística. «Ranquil», «novela de la tierra» como la llama el autor, describe una región suñeña y a sus pobladores. Tierra, montaña, cielo y clima en que goza y sufre un puñado de colonos. Y tanto luchan contra los elementos que terminan por amar con pasión esos campos desmalezados a costa de infinitos sinsabores. Pero llega de improviso una orden de abandonarlos. Ellos que aman la tierra como saben amar a sus mujeres, sienten la amargura del despojo. Y se defienden con dramático esfuerzo, y rebeldía, y valor extraordinarios. Es esta lucha llena de episodios la que el novelista presenta con apasionado realismo.

«Ranquil» se compone de tres partes. «Raíz de la Tierra», no es otra cosa sino la llegada de los hijueleros, colonos que emprenden una lucha tenaz contra la maleza, la frondosidad inútil, contra el puelche y la nieve. Se pintan las faenas llenas de angustia y de alegría. La segunda parte «Cauce Mortal», describe el lanzamiento de los colonos, la lucha encarnizada y sangrienta contra las fuerzas armadas. Se queman las casas, y en forma despiadada van echando a la gente que combatió la cizaña y limpió los campos para que fuesen fecundos. La tercera parte «Crepitación de Savias», es la fiera persecución, la huida de los hijueleros que lograron escapar del encarcelamiento, de la venganza y de la muerte. Se da cuenta de los fugitivos que partieron para seguir sufriendo hambre y cansancio.

El estilo de Lomboy posee características propias de los grandes narradores. La flexibilidad de la frase y el vigor se armonizan, dando una sensación de modernidad y brillantez expresiva. Su fuerza y colorido le dan esa calidad equilibrada que no fatiga. Con «Ranquil» se ha realizado lo que esperábamos tan largo tiempo, la novela de la tierra y de los trabajadores que, desposeídos y humillados, muertos o en la cárcel, dieron una lección a la política nacional.

Las líneas siguientes son parte de una descripción del verano:

«En las laderas de los pedregosos faldeos fulguraba, de trecho en trecho, la llama roja de los quintrales en flor y en lo profundo de las cañadas, sonoras de revueltas aguas, la flor anaranjada de los clavelillos triunfaba de la sequedad ahornagada y hosca. El paisaje tenía un tinte amarillento en las colinas; oscuros de cipreses, pinos y radales en las quebradas de los cerros, y verde, constantemente verde, en los angostos vallecitos de las vertiginosas torrenteras».

Otra novela de Lomboy, «Ventarrón», tiene por motivo un escenario de tierra y mar. Los personajes están trazados a grandes rasgos. Hay episodios bien logrados, pero lo que más

llama la atención es la técnica de presentar el argumento. Los protagonistas logran interesar, pero no aparecen ante nuestra vista como aquellos que viven en «Ranquil». Son dos obras de diferentes valores. «Ranquil» ofreció un aspecto enteramente desconocido en las letras nacionales, el drama humano en su carácter ideológico y social. «Ventarrón» posee el interés de estar bien escrito, y que la prosa a veces es superior en calidad artística, pero no encontramos la riqueza humana que hay en su «novela de la tierra».

RAÚL MORALES ALVAREZ.—La biografía novelada en Chile cuenta con algunos cultores nada desdeñables. Entre las obras de este género hay que considerar «La Monja Alférez», como una de las mejores. La vida pintoresca y aventurera y audaz de esta mujer española que colgó sus hábitos, está trazada con rigor histórico, y con técnica y estilo modernos. En forma desembarazada, sin pretensiones retóricas, el autor nos da a conocer el motivo por el cual doña Catalina de Erauzo cambia su vocación religiosa, y sin previa autorización abandona el claustro. Después de pasar fatigas y hambre, convertida en hombre, va de un pueblo a otro de la Península, como aquellos personajes de la vida picaresca de los tiempos del Lazarillo de Tormes. Vida azarosa la suya, deambula inciertamente por los caminos, vagabundea por ciudades y puertos sin encontrar la ruta de su destino que la haría famosa. Mientras tanto ha conocido a un amigo. De éste aprende el arte de manejar la espada. En sus correteos, un día que nada tiene de extraordinario, se entusiasma al tener conocimiento de algunas cosas del Nuevo Mundo, y sin más titubeos se embarca para América. Su deseo es descubrir nuevos horizontes, correr aventuras inesperadas. Eso es lo que constituye la alegría de esta mujer ya transformada en un apuesto y joven militar. Llega al Perú como un soldado cualquiera, frecuenta tabernas, galantea mujeres y participa en duelos y reyertas. Por matar a algunos contendores

va a la cárcel. Una vez fuera, vuelve a tener nuevas experiencias de la misma índole. La vida se le hace entonces insoportable. A los 20 años parte para Chile. Nuevamente esta mujer disfrazada de varón sigue una vida de aventuras. En Concepción escandaliza a la ciudad con sus arrogancias caballerescas y de conquistador. Pero no es sólo esta vida la que lleva, sino que también acompaña a la tropa, con gran valentía, en las luchas contra los indios. En todas las campañas tuvo fama de valiente el «joven Alonso». El autor lo describe de esta manera:

«La ruda vida aventurera, el azar incierto que lo empujó por los caminos, borrarón de su rostro y de su físico todo vestigio femenino. Las líneas de su cara se hacían más duras, sus espaldas más anchas, su mirada más audaz». «Con esta atildada elegancia de los aventureros afortunados, se le veía siempre impecablemente vestido de negro, con alamares de plata, calzando altas botas de tafílete carmesí y tocado con un amplio chambergó, rojo también, sobre el que flameaba la arrogancia de una pluma negra de avestruz. Le llamaban el bello Alonso».

Morales Alvarez nos narra en forma novedosa los detalles de los actos más sobresalientes, extravagantes y singulares de esta Monja Alférez, que dejara la huella imborrable de su historia. El destino de esta mujer ha sido interpretado con gran simpatía de parte del escritor. Esta simpatía logra despertar en el lector la admiración hacia el personaje. Con gran interés se leen estas páginas en que se evoca un tiempo tan lejano.

Gracias a la sensibilidad y al talento de Morales Alvarez la biografía novelada de la Monja Alférez, es una de las mejores en su género. Estilo ágil, bien desarrollada, y compenetrado del sentimiento y afán aventurero del personaje.

JUAN NEGRO.—La novela de imaginación con relación al mar es escasa en nuestra literatura. Los pocos escritores, sin embargo, que han tomado esta corriente literaria, han logrado imponerse satisfactoriamente. Es lo que ha sucedido a Juan Ne-

gro con su «Botella en el Mar». Desde luego, la publicación de esta novela breve fué seleccionada y publicada por la Sociedad de Escritores de Chile. La crítica la comentó con elogio. La razón del éxito está en que el autor escribe una prosa de sostenido ritmo estilístico, y además por desarrollar un tema en que la imaginación se manifiesta iluminada por la poesía. El temperamento del autor corresponde a una sensibilidad de lírico. La prosa, por tal motivo, se caracteriza por un marcado hábito original, en que la imagen y las figuras literarias resplandecen tonificando el lenguaje. Para el lector, esta novela será de regocijo, de agradable lectura, ya que el estilo y la trama tienen la gracia de llevarnos sin mayor esfuerzo.

«Botella en el Mar», es la primera obra en prosa de un poeta que está considerado como uno de los más representativos de Chile. Y como primera obra, llama la atención que haya logrado una técnica y madurez estilística que no poseen muchos prosistas dedicados al género novelesco. «Botella en el Mar» está escrita con desenvolvimiento y fluidez, capta esa vida un tanto fantástica y de leyenda, de los hombres y sus historias marineras. En forma liviana nos presenta lo que es un puerto. La acción comienza con un diálogo en que nos transporta a una taberna. Conocemos a personajes apenas bosquejados, no son sino elementos para dar la sensación del ambiente. El protagonista central «Mar», es un ser irreal, un símbolo de la maravilla, de la leyenda marina con sus oleajes multicolores, con sus puertos en que trajina la gente ebria de mar y de ron, y por las canciones que llevan en su fondo un rostro de mujer. Juan Negro desarrolla la vida armoniosa y bella del rumor incesante del oleaje, de los colores cambiables bajo la luna o del sol. La historia de Mar se sucede en cuadros llenos de matices y tonalidades que depiertan sugerentes sensaciones.

«Comenzaba el alba, y apenas una débil claridad violeta se escurría con timidez por entre las tablas del barrancón que

me servía de guarida, cuando empecé a escuchar inusitado movimiento en las calles y griterío de la gente.

«Vi cruzar mujeres que lloraban, seguidas de sus pequeños; a hombres pálidos y meditabundos, a seres que un inusitado fenómeno de la naturaleza sumergía en crisis nerviosas que lindaban con la locura.

«Entretanto, el mar seguía su vaivén incesante con tierna suavidad».

Esta primera novela breve de Juan Negro, pertenece a la corriente de escritores que se apartan del género novelístico que más aceptación tiene en Chile. Leer «Botella en el Mar», es para empaparse de una visión literaria poco cultivada, y por lo mismo merece mayor atención y mayor divulgación. Y más cuando reúne las características de un estilo selecto y de una trama llena de interés.

LUIS OYARZÚN.—Cuando se publicó «La Infancia» era el autor un joven de 20 años. Dos impresiones nos produjo especialmente. Que la urdimbre novelesca era sencilla, sin esa intriga que entusiasma al lector, y que es causa muchas veces del éxito y la popularidad. La segunda impresión fué la forma estilística que, página a página, puede observarse en la obra. Esta novela poemática tiene la importancia de ser una de las primeras manifestaciones en que la poesía se enlaza al género novelesco. Aun los personajes centrales—un niño, la madre, el padre y dos o tres familiares—quedan un tanto al margen, porque más deslumbra el estilo que la trama y los episodios.

El niño Eugenio es la razón principal del relato. Este posee una sensibilidad que raya en lo enfermizo. Se le ve actuar, sentir y pensar. El autor lo presenta lleno de ternura y emociones que nuestro espíritu capta con estremecimiento. Hay una penetración tan honda en el alma de Eugenio, tan dulce y humana que se nos va grabando con diafanidad. Este niño, que permanece observando o sintiendo lo que sucede a su alrededor

y que constantemente sueña en su mundo inadvertido de infantil, es la realización del precoz novelista, cuya inteligencia, reflexión y delicadeza puede admirarse en su obra de juventud.

Posee Oyarzún un estilo lleno de pureza, de madurez expresiva, de originales y sutiles formas que indican la riqueza de su lenguaje. La belleza de «La Infancia» reside tanto en las descripciones del ambiente como en los episodios que se suceden llenos de emotividad. Las múltiples sugerencias que despierta, en cualquiera de sus páginas, son súbitas, de permanente lirismo, de brillante alcurnia. Esta belleza de su lenguaje produce una sensación de delicadeza y de gran conocimiento del mundo subjetivo. Veamos una interpretación, al describir un caserío:

«Más allá del puente comienza el campo. Allí el estero hace un remanso amarillo y verde. Después vienen las alamedas, de casas de cuando en cuando. Frente a ellas, en un jardinillo seco, hay matas de achiras, que lucen su encendida soledad. Eugenio habría deseado alegría, muchos potros surgiendo, pero la materia transporta a la tristeza, a la forma melancólica en descenso, la sumisión a los contornos, la trabajosa ascensión al límite, la caída al abismo. Se siente la amargura de las cosas, la inutilidad de todos los colores que son también el límite, la dura presencia de la línea. El agua en su rol de suspiro hace que Eugenio la relacione con los suspiros de su madre que permanentemente están en su recuerdo, dentro de una melancolía mayor, en la melancolía nunca acabada de los pétalos».

De esta manera Oyarzún nos lleva hacia el mundo complejo e ilimitado del alma del niño. Caminamos por senderos que lo conmueven, nos entristecemos por su soledad, por sus temores de muerte y por el aire ensombrecido que respira, lo acompañamos también en su sueño poblado de misteriosas imágenes, de pesadillas que afebran su imaginación. Eugenio, es una realización novelesca de estremecida introspección.

ANDRÉS SABELLA.—Los que están compenetrados de la vida literaria chilena saben que el autor de «Norte Grande» es uno de los más laboriosos escritores de la nueva generación. Indudablemente Sabella es el único que con apasionamiento y seriedad actúa en poesía, crítica, comentario artístico, cuento, crónica y novela. Ama la vida literaria como un ser dominado por el resplandor de la fantasía. Su imaginación es un laboratorio en constante actividad. El don de observación es visible. Su facilidad de expresión es admirable. Es de aquellos escritores que parecen ir siempre acompañados de sus personajes.

«Norte Grande», subtitulada «Novela del Salitre», es la obra que le ha dado más prestigio. En ella se encuentra un nuevo tipo de creación en el género novelesco. Queda fuera de la preceptiva convencional. Se introduce una acción dispersa, dramática y subjetiva. Los personajes nacen y desaparecen. Van formando una vida humana, un gran corazón, una imagen total, un protagonista que es la actividad de hombres y mujeres en el escenario desolado de la pampa. Leyendo «Norte Grande», encontramos a un poeta y a un prosista unidos armoniosamente. Resulta su estilo de una originalidad e independencia digno de señalarse. La prosa es de una riqueza lírica difícil de encontrar en obras de este género. A tal extremo, que los cuadros presentados tienen un realismo a base de imágenes, de sorprendentes y temblorosas figuras literarias. El escritor conoce el escenario, la vida social y política, conoce los hombres más destacados y más desconocidos de la zona salitrera. Conoció historias, documentos y motivos que sólo hombres de aquella soledad arenosa saben su significado y trascendencia. Por esto en sus páginas se presenta la alegría y la tristeza de la pampa nortina. Historia y tragedia, nacimiento de las ideas sociales, luchas de los obreros, huelgas, masacres, bajezas, y también están aquellos espíritus nobles que fueron la simiente del porvenir de la zona.

Hay un árbol en esta zona, el pimiento, veamos su bosquejo:

«¿De qué están hechas sus raíces que no temen avanzar hacia las entrañas de las piedras? El pimiento no es árbol. Para crecer, generoso y solo, en la desgarradora infelicidad de la pampa, se precisa haber sido antes que árbol, otra cosa: un minero, por ejemplo. Sí: el pimiento es un minero que se convirtió, en proceso de sangre y de fortuna, en un árbol extraño, de pie más allá de toda flora, como pariente aventurero y solitario. Allí está el pimiento como un padre de soles. Pastor de la distancia. Todo es plano y seco. Sólo él rompe las horizontales de la monotonía con su actitud de anacoreta, con su cuerpo de penitente, inmóvil y plácido».

De esta manera va dando a conocer los motivos más impresionantes, o de emoción como el descubrimiento del Salitre, los cateadores, el pampino en la Guerra del Pacífico, las mulas «vareras». Es este libro historia, documento y novela del drama de una humanidad roída por la desesperación, ensangrentada por la lucha social, vitalizada por su riqueza y poderosa por sus tradiciones. El poeta y el prosista se han presentado en «Norte Grande» maravillados por el desierto, por la injusticia y los hechos memorables.

NICASIO TANGOL.—Desde que publicó su primer libro, ocupa en la actual generación un sitio de evidente importancia. Sus dos obras, «Huipampa» y «Las Bodas del Grillo», logran ubicarse con facilidad entre las novelas más sobresalientes del período actual. «Huipampa», subtitulada «tierra de sonámbulos», encierra el propósito de dar a conocer las supersticiones, leyendas y costumbres de una región isleña, la de Chiloé, que tiene una tradición de pintoresca y señalada raíz popular. El carácter autóctono de aquellos lugares se caracteriza por ser uno de los más originales de nuestro país. Tangol, poseyendo esta vernácula existencia de supersticiones, de sobrenaturales hechos, no ha desperdiciado la magnífica intención, pues ha conseguido un clima especial para su novela, que ostenta contornos estimables.

Ha sabido describir con rigurosidad y acierto la existencia de un pueblo limitado y oprimido por un hálito de superchería, y por otro lado el acosamiento de la dura realidad que acecha a cada paso como imágenes de pesadilla. Es un mundo extraordinario el que se conoce en «Huipampa», y que el mismo subtítulo indica cómo han de verse escenario y personajes. Tangol ha sabido interpretar el regionalismo de la zona. Sus capítulos como «El Curanto», «Lujuria de Coché Omingo», «El Thrauco», y «El Caleuche» son de artística envergadura, de brillante narrador. Su estilo es sencillo y claro.

«Las gaviotas huían asustadas, las patrancas se zambullían presurosas; sólo los cuervos permanecían indiferentes, monótonos salían sus graznidos y sus alas abiertas daban sombra fúnebre a las rocas, transformando la playa en un cortejo interminable. De trecho en trecho, afloraban bancos de arena, indicando un tajo peligroso. Desde los pajizos techos ribereños se escapaba el humo, semejando cabelleras extraviadas, desgrena-das por el viento; por los senderos que bordean los cerros se veía bajar a las marisqueras, equilibrando sus canastos sobre la cabeza».

Después de «Huipampa», sorprendió su novela «Las Bodas del Grillo», por ser una narración totalmente distinta en cuanto a tema y modalidad. El autor crea sus personajes valiéndose de una fauna irracional a la que imprime inteligencia. Es una fábula en la cual ridiculiza los caracteres humanos. Existe la caricatura, la picardía de un espíritu que se solaza divirtiendo y criticando la vida social. El talento de Tangol se hace presente en nuestra novela, gracias a «Las Bodas del Grillo» y a «Huipampa», la «tierra de sonámbulos», región en donde vivimos y respiramos el aire de los isleños y nos codeamos con personajes de leyenda, inexistentes y extraños.